[aula abierta]

aula abierta 34
Sección del Suplemento Cultural **Tres Mil** en apoyo a los programas de Lenguaje y Literatura de Educación Media del Ministerio de Educación
| Diario Co Latino |
| sábado 3 de octubre de 2009 |
San Salvador, El Salvador, Centroamérica
Responsable: Vladimir Baiza

Primer año de Bachillerato

El Realismo: ¿Loco? novela y vida de Guy de Maupassant

BIENVENIDA LA CABUDA CARTONERA

La Cabuda Cartonera es una Editorial independiente, imprime y difunde libros en papel reciclado. Las tapas son hechas de cartón corrugado, se pintan, diseñan y encuadernan de forma artesanal, los tirajes son entre 50 y 100 libros reimprimiéndolos de acuerdo a la demanda, cada ejemplar de un mismo autor es único.

Este es un proyecto sin fines de lucro, los autores no reciben regalías por su libro publicado.

Los excedentes que se obtienen de la comercialización del libro son para la reedición del mismo o para el financiamiento de próximos títulos, así logramos nuestro objetivo de promocionar y difundir a nuevos y sólidos valores de la literatura nacional y extranjera. Las obras son editadas bajo una licencia de reconocimiento no comercial de Creative Commons.

Las editoriales cartoneras iniciaron en Argentina con la crisis económica en el año 2000 y tomaron su nombre de los hombres y mujeres que recolectan cartón y papel para venderlos a las recicladoras y que se denominan *"cartoneros"* (una especie de pepenadores).

La primera fue *Eloísa Cartonera*, situada el popular barrio de Boca, en Buenos Aires, Argentina en el año 2003, luego se formó *Felicita Cartonera* en Uruguay, *Mala Yerba Cartonera* en La Paz, Bolivia, *La Cartonera* en Cuernavaca, México y de estas se desprendió una epidemia de Cartoneras que hasta la fecha suman veintinueve en América Latina y una en Alemania.

Las cartoneras, en su mayoría, toman su nombre de frases coloquiales o de particularidades folklóricas de sus países de origen, por ejemplo *Santa Muerte Cartonera* de México D.F. que toma su nombre de ese culto popular, o *La Cabuda Cartonera* de El Salvador.

La Cabuda Cartonera se inició en El Salvador a partir de febrero de 2009, su lanzamiento fue el 7 de abril, en Leyendas Café Bar de la Ciudad de San Salvador, en el espacio poético *"Sobre los Tejados del Mundo"* coordinado por la Fundación Metáfora, en ese momento se presentaron los libros *Palabras Juntas* de Juan Luis Olmo y *Rabo de Perro* de Pablo Benítez.

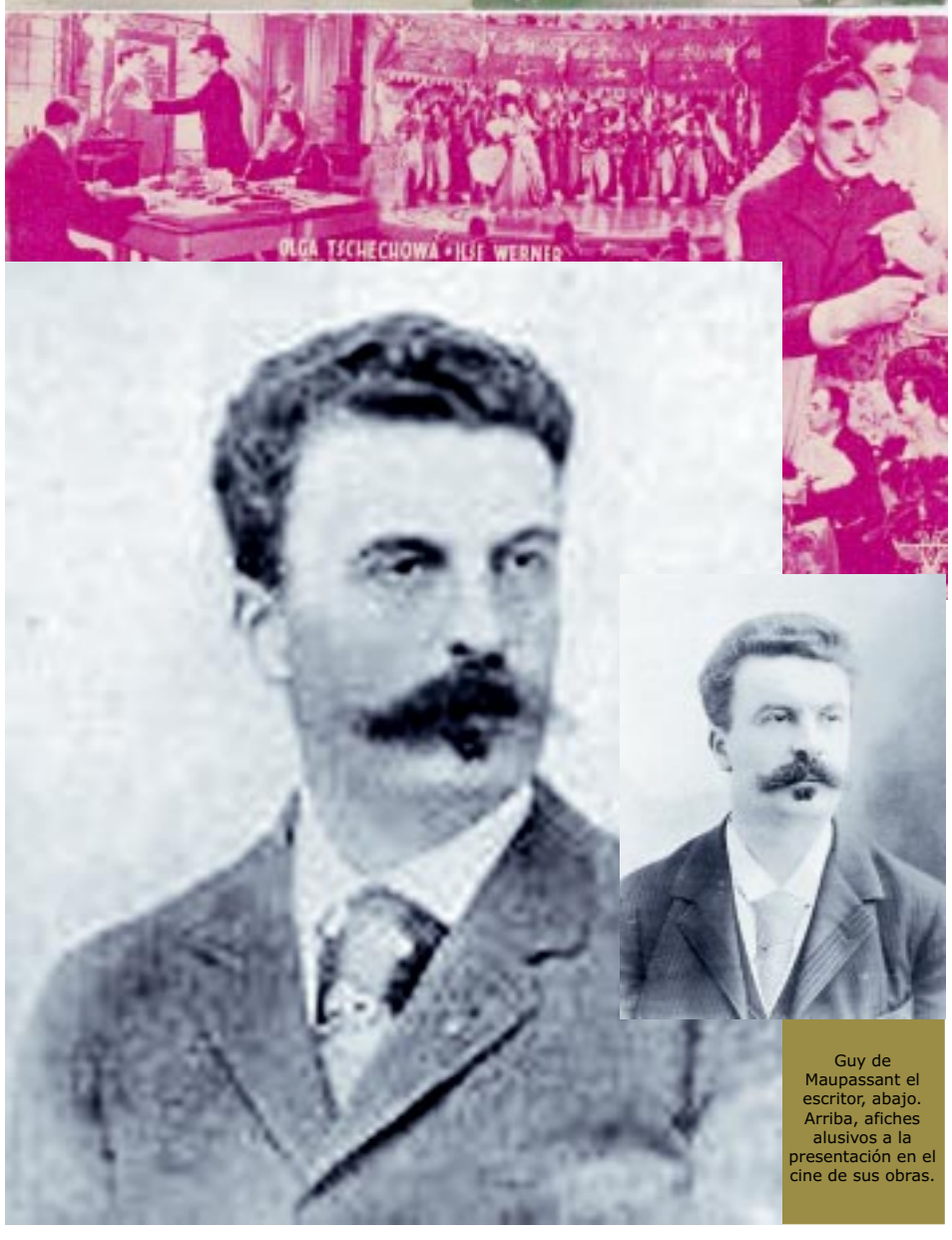
Después de esta fecha se preparó la edición e impresión de seis nuevos títulos donde figuran los poetas: Aída Párraga, Marisol Briones, Tony Peña, Néstor Durán, Kenny Rodríguez y Ramón Hernández. Además la reedición en un nuevo formato de los libros *Rabo de Perro* y *Palabras Juntas.*

Actualmente se están preparando alrededor de seis títulos más de autores salvadoreños y gestionando otro tanto de autores extranjeros.
Entre Septiembre y Octubre se lanza la colección, *"Vientos, Niños Perversos"* con los materiales de Ricardo Castrorrivas *"Palabras de Mujer"*, Otoniel Guevara *"Proclamas para analfabetos"*, y de Carlos Ernesto García *"Poemas de la Diáspora".*

Cualquier consulta o idea editorial, favor consultarnos, en esta su Aula Abierta y a los emailes:

lacabudacartonera@gmail.com
http//lacabudacartonera@blogspot.com

Edgar Alfaro Chaverri



Guy de Maupassant el escritor, abajo. Arriba, afiches alusivos a la presentación en el cine de sus obras.

Guy de Maupassant
(1850-1893)

Escritor francés, cuyo apellido se pronuncia Mopasán, poseedor de un estilo sobrio y preciso, fue maestro de la narración corta: *Bola de sebo, La casa Tellier, Señorita Fifí,* etc. Se le deben también novelas: *Una vida, Bel Ami, Fuerte como la muerte*.

Según Esther Benítez, traductora y prologuista de la recopilación de cuentos maupassantianos en que hoy nos apoyamos, son cuatro las temáticas fundamentales en Maupassant: la guerra, el amor, la miseria física y moral, y el horror.

La narración que titula nuestro documento de hoy está tomada de: *"El Horla y otros cuentos fantásticos"*, "Esta obra, dice Esther, se acoge al último apartado: narraciones fantásticas cuyos ingredientes principales son el misterio, la locura, los crímenes motivados por diversas presiones, más o menos inexplicables, a las que el ánimo humano se ve sometido".

"Los cuentos que se recogen bajo este título cubren un arco temporal relativamente extenso: una entera década, desde 1881 a 1890. En su mayoría fueron publicados en dos periódicos -*"Gil Blas"* y *"Le Gaulois"*- en los que Maupassant colabora con asiduidad, colaboración apenas disimulada por el balzaquiano seudónimo de Maufrigneuse, que nunca engañó a nadie".

"Son estos los años más ricos de la producción de Maupassant. Nuestro autor está ya en condiciones de ganarse la vida con la pluma y en junio de 1880 abandona su destino en el Ministerio de Instrucción Pública, aunque eso sí, sin cortar del todo las amarras: primero un permiso de tres meses con todo el sueldo, al que sucede otro de tres meses a medio sueldo, y por último sucesivos permisos de seis meses sin sueldo que van prorrogándose hasta noviembre de 1882, momento en que se produce el corte definitivo de las relaciones del escritor con la Administración Pública: su nombre es eliminado de la planillas del Ministerio".

"Son también años de frecuentes viajes que lo alejan de París: en 1880, visita Córcega acompañando a su madre, que se encuentra delicada de salud; desde 1883 pasa largas temporadas en la Costa Azul; en 1888 viaja al norte de África como enviado especial de *"Le Gaulois"*...

Su salud, por otra parte, comienza a resentirse por esas fechas. A comienzos de la década empieza a sufrir molestias de la visión, se le cae el pelo, padece violentas jaquecas, la sífilis avanza. Los primeros trastornos nerviosos, quizá hereditarios en la familia -su hermano Hervé, menor que él, morirá loco a los treinta y tres años- inician sus manifestaciones: alucinaciones, desdoblamientos de la personalidad, manía persecutoria; a finales de la década, tales trastornos desembocarán en el intento de suicidio del 1 de enero de 1892, en Niza, a raíz de una visita a su

Maupassant, un escritor polémico y que encarnaba los ideales de su tiempo.

madre, tras el cual nuestro autor ya no levantará cabeza: internado en una casa de salud -como tantos de sus personajes- transcurre los dieciocho meses que le quedan de vida de una forma puramente vegetativa, nula desde el punto de vista de la producción literaria".

Según Esther Benítez, "el elemento fantástico en *"El Horla y otros cuentos fantásticos"*, desempeña un papel muy peculiar: sigue imperando el reflejo de la vida cotidiana, y lo fantástico no constituye nunca una brutal intrusión en la normalidad. Digamos que en general criaturas maupassantianas se rebelan contra lo inexplicable: todo puede aclararse, y a veces de forma decepcionante, como concluye el narrador de *"La mano"*: *-Je vous avais bien dit que mon explication ne vous irait pas- (Ya les había dicho que mi explicación no les convendría).*

Lo fantástico es lo incognoscible que ronda en torno al hombre, pero también los fantasmas de su cerebro, que lo dejan con la conciencia vacía y con dudas sobre su cordura. En los cuentos de esta recopilación encontrará el lector el común denominador del horror y la fantasía, con sus secuelas de crimen en muchos casos, una serie de subtemas que también aparecen en otros muchos relatos de Maupassant: el suicidio, la bastardía, el magnetismo y la hipnosis, la neurosis y la obsesión de la soledad, el miedo y, por supuesto, el antifeminismo de nuestro autor".

"Los relatos, ordenados cronológicamente teniendo en cuenta la primera publicación en diarios o revistas, se articulan en torno a esos subtemas de que antes hablaba -dice la prologuista traductora, Esther Benítez-. Y agrega -bajo ellos laten en muchos casos vicisitudes personales: no parece casual, por ejemplo, el tema del bastardo, que aparece pocos meses después del nacimiento del primer hijo natural de Maupassant: Lucien, hijo de Joséphine Litzelmann y de *"padre desconocido"*, nace en París el 27 de febrero de 1883. Guy tendría otros dos hijos más con la joven; nunca quiso reconocerlos, aunque sentía por ellos mucho afecto y siempre se ocupo de cubrir sus necesidades materiales.

Este problema del hijo natural, que reaparece intermitentemente en la producción de nuestro autor, lleva su reflexión por tres caminos: no social, mostrando cómo las convenciones impiden reconocer a ciertos hijos, acaso en un inconsciente deseo de autojustificación; otro moral, en el que Maupassant se interroga, por boca de sus personajes, sobre la alineación de la libertad que provoca el deseo de un instante; y por último, otra cuestión fundamental: las consecuencias hereditarias de estos amores de paso.

Pero no todo es biografía en torno al tema: a finales del siglo XIX el asunto apasiona a la opinión. En los diarios de la época pueden encontrarse innúmeros artículos y crónicas que se ocupan de la repercusión social de un doble problema: los infanticidios y los niños abandonados. En una crónica de E. Vilemot, publicada en *"Gil Blas"* el 18 de abril de 1882 y titulada *"Les martyrs de bas âge" (Los mártires de corta edad)*, se planteaba la cuestión de saber qué es de los hijos de las jóvenes "seducidas y abandonadas" y se exigía el restablecimiento de los "tornos" a las puertas de los hospicios, para preservar el anonimato de las madres".

(Torno: armario giratorio, empotrado en una pared y que sirve, por ejemplo, en los conventos, para pasar cosas de una habitación a otra sin verse las personas que a cada lado están).

"Otro de estos temas que preocupan a Maupassant es el del magnetismo; no se trata solamente de un asunto de moda, sino que es un problema que interesa personalmente a nuestro autor; ya su abuelo paterno, Paul Le Poittevin, había sido un experto en ciencias ocultas y el propio Maupassant siguió los cursos del doctor Charcot en la Salpêtrièrey tomó parte activa en los experimentos de Pickman, un hipnotizador belga, incluso en un cuento aparentemente de circunstancias, como es *Cuento de Navidad*, bajo el pretexto de una posesión diabólica curada en una misa del Gallo se trasluce que el escepticismo del autor atribuía esos fenómenos a un simple caso de hipnotismo.

Entre las inspiraciones biográficas, me parece curiosa la de *La mano*, tema que Maupassant ya había tratado, por otros caminos, en el primerísimo de sus cuentos: *La Main d'ecorché*, publicado en 1875 en *"L'Almanach lorrain de Pont-à-Mousson"* y que nuestro autor nunca recogió en las colecciones de cuentos posteriores a las que tan aficionado era. Se trata del *"inglés de Etretat"*, un tal Powell, en cuya casa vivía Swimborne, a quien el adolescente Maupassant salva en el verano de 1866 de morir ahogado. Swinborne lo introdujo en la casa de Powell, que no gozaba precisamente de buena reputación en la comarca: llena de gente rara, de pinturas enloquecidas y fotos pornográficas, uno de sus elementos más vistosos era una mano disecada, que servía de pisapapeles. Fascinado por la mano, Maupassant la consigue al fin, no se sabe si porque Powell se la regaló o él la compró en la subasta de los bienes del inglés; desde entonces no se separa de ella, llegando hasta a colgarla en su dormitorio como un elemento más de la decoración".

Sobre la magia de estas espléndidas narraciones, Benítez nos refiere que Maupassant solía decir: *"Las palabras tienen un alma. La mayoría de los lectores sólo les piden un sentido. Hay que hallar esa alma, que aparece al contacto con otras palabras, que estalla al iluminar ciertos libros con una luz desconocida, muy difícil de hacer brotar".*

Esa alma es la que Esther ha logrado transmitirnos, al traducir para nosotros, a Guy de Maupassant.

Aprendamos, pues, lectores de Aula Abierta, a desentrañar la luminosa belleza de las palabras que nos legara Maupassant. Porque Maupassant es un verdadero obrero de la realidad, un obrero que entreteje con certeras palabras la trama de sus relatos, palabras cargadas con la fantasía inesperada, esa que sorprende por su tangibilidad.

El que esté limpio de pecado...

****

Breve reseña de Bola de sebo

En *Bola de Sebo*, Maupassant narra la historia de la guapa y atractiva prostituta que huye en tren de la atroz invasión a su querida Ruán (ciudad francesa), huida provocada por la guerra franco-prusiana, y que tiene que enfrentar las críticas y los comentarios entre dientes de los demás pasajeros, gente *"honrada"* y *"sin pecados"* supuestamente, que no escatima esfuerzos en tomar los víveres, que gustosa, la mujer de la *"mala vida"* comparte con todos ellos, quien por cierto, es la única que lleva suficientes provisiones, y que luego, tiene incluso que soportar la presión, las súplicas por decirlo así, de esa *"pobre y buena gente"* para que se sacrifique y acceda, despojada de su noble patriotismo, a acostarse con los guardias del retén prusiano, para así lograr que los dejen pasar a salvo de la mortal atmósfera de la guerra.

La mujer acepta, aunque sintiendo que de alguna manera traiciona a su amada patria, a su Francia del alma.

Y todo ¿para qué?, para que al nomás pasar el sitio prusiano, gracias a las bondades de su cuerpo, ofrendado para tal fin, la gente desagradecida, mediocre y altanera, vuelva a verla de reojo, y a *"comérsela"* como a un animal raro, cuchicheando sin pensar siquiera en todo lo que ha hecho por todos ellos, ¿sin escatimar siquiera su pudor?

¿No suele ser así la gente?

****

Breve reseña de El idilio

Pero en Maupassant hay también ternura, como en *El Idilio*, relato en el que un hombre no le quita los ojos de encima a los senos de una mujer que trabaja como nodriza, según la narración, la mujer es acosada por la insistente mirada del pobre hombre, el cual, con qué delicadeza observa la curva de aquellas hermosas glándulas mamarias, cómo intuye la forma del pezón, cómo la narración y el título del relato nos tienden la trampa insospechada; pues la mujer tiene días de no dar de mamar, y le duelen los pechos, así, al ver ésta la insistencia de la mirada del pobrecito hombre, le pide, luego de explicarle su problema, que la ayude, a lo que él accede gustoso. Primero una teta, después la otra.

Ella, al final, le da las más sinceras gracias, pues le ha quitado un gran dolor de encima. Pero (sorpresa) el agradecido en verdad es él, pues tenía algunos días ya sin comer.

¿Qué les parece?

****

¿Loco?

¿Estoy loco? ¿O simplemente celoso? No lo sé, pero he sufrido horriblemente. He realizado un acto de locura, de locura furiosa, es cierto; pero los celos anhelantes, pero el amor exaltado, traicionado, condenado, pero el abominable dolor que soporto, ¿no basta todo eso para hacernos cometer crímenes y locuras sin ser un verdadero criminal de corazón o de cerebro?

¡Oh! He sufrido, sufrido, sufrido de una forma continua, aguda, espantosa. Amé a aquella mujer con frenético arrebato... Aunque, ¿será esto cierto? ¿La amé? No, no, no. Me poseyó en cuerpo y alma, se apoderó de mí, me ligó. He sido, soy, su cosa, su juguete. Pertenezco a su sonrisa, a su boca, a su mirada, a las líneas de su cuerpo, a la forma de su rostro; jadeo bajo la dominación de su apariencia externa; pero a Ella, a la mujer de todo eso. al ser de ese cuerpo, la odio, la desprecio, la execro, y siempre la he odiado, despreciado, execrado; pues es pérfida, bestial, inmunda; impura; es la mujer de perdición, el animal sensual y falso en el cual el alma no existe, en quien el pensamiento no circula jamás como un aire libre y vivificante; es la bestia humana, menos que eso: no es sino un seno, una maravilla de carne suave y redonda donde habita la infamia.

Los primeros tiempos de nuestra relación fueron extraños y deliciosos. Entre sus brazos siempre abiertos, yo me agotaba en un furor de deseos insaciables. Sus ojos, como si me hubiesen dado sed, me hacían abrir la boca. Eran grises al mediodía, se teñían de verde al caer la noche, y de azul al nacer el sol. No estoy loco: juro que tenían esos tres colores.

En las horas de amor eran azules, como fatigados, con pupilas enormes y nerviosas Sus labios, agitados por un temblor, dejaban asomar a veces la punta rosada y húmeda de su lengua, que palpitaba como la de un reptil; y sus pesados párpados se alzaban lentamente, descubriendo aquella mirada ardiente y anonadada que me enloquecía.

Al estrecharla entre mis brazos yo miraba sus ojos y me estremecía, tan sacudido por la necesidad de matar a aquella bestia como por el imperioso deseo de poseerla sin cesar.

Bola de sebo, publicidad a la obra de Maupassant.

Cuando ella cruzaba mi habitación, el rumor de cada uno de sus pasos producía una conmoción en mi alma; y cuando empezaba a desnudarse, dejando caer su vestido, y saliendo, infame y radiante, de las ropas que se aplastaban a su alrededor, yo sentía a lo largo de mis miembros, a lo largo de los brazos, a lo largo de las piernas, en mi pecho sofocado, un desfallecimiento infinito y cobarde.

Un día me di cuenta de que estaba harta de mí. Lo vi en sus ojos, al despertar. Inclinado sobre ella, yo esperaba cada mañana esa primera mirada. La esperaba, lleno de rabia, de odio, de desprecio hacia aquel animal dormido cuyo esclavo era. Pero cuando el azul pálido de las niñas, ese azul líquido como el agua, se descubría, aún languideciente, aún fatigado, aún enfermo de las caricias recientes, era como una rápida llama que me quemaba, exasperando mis ardores. Aquel día, cuando sus párpados se abrieron, percibí una mirada indiferente y triste que ya no deseaba nada.

¡Oh! Lo vi, lo supe, lo sentí, lo comprendí al punto. Se había acabado, acabado, para siempre. Y tuve la prueba de ello a cada hora, a cada segundo.

Cuando la llamaba con los brazos y los labios, se volvía hacia otro lado molesta, murmurando: "¡Déjeme en paz!" , bien: "¡Es usted odioso!", o bien. "¿No podré estar tranquila?".

Entonces me sentí celoso, pero celoso como un perro, y astuto, desconfiado, disimulado. Sabía perfectamente que pronto ella volvería a empezar, que algún otro vendría a reavivar sus sentidos.

Tuve unos celos frenéticos; pero no estoy loco; no, desde luego que no.

Esperé; ¡oh!, la espiaba; no habría podido engañarme; pero permanecía fría, indolente. Decía a veces: "Los hombres me asquean". Y era cierto.

Entonces tuve celos de ella misma; celos de su indiferencia, celos de la soledad de sus noches; celos de sus gestos, de su pensamiento, que seguía siendo infame, celos de todo lo que adivinaba. Y cuando tenía a veces, al levantarse, aquella mirada muelle que seguía antaño a nuestras noches ardientes, como si alguna concupiscencia hubiera atormentado su alma y removido sus deseos, me acometían ahogos de cólera, temblores de indignación, pruritos de estrangularla, de derribarla bajo mis rodillas y de hacerle confesar, apretándole la garganta, todos los vergonzosos secretos de su corazón.

¿Estoy loco? No.

He aquí que una noche la noté feliz. Sentí que una nueva pasión la embargaba. Estaba seguro, indudablemente seguro. Ella palpitaba como después de mis abrazos; sus ojos llameaban, sus manos estaban calientes, toda su vibrante persona desprendía ese vaho de amor del que provenía mi enloquecimiento.

Fingí no comprender nada, pero mi atención la envolvía como una red.

Nada descubrí, empero.

Esperé una semana, un mes, una estación. Ella florecía en el brote de un incomprensible ardor; se apaciguaba en la felicidad de una inasible caricia.

Y, de repente, ¡adiviné! No estoy loco. Lo juro, ¡no estoy loco!

¿Cómo decirlo? ¿Cómo hacerme entender? ¿Cómo expresar esta cosa abominable e incomprensible?

He aquí la forma en que me enteré.

Una tarde, ya lo he dicho, una tarde, cuando ella regresaba de un largo paseo a caballo, se dejó caer, con los pómulos rojos, el pecho anhelante, las piernas flojas, los ojos fatigados, en una silla baja, frente a mi. ¡Yo la había visto ya así! ¡Ella amaba! ¡No podía equivocarme!

Entonces, perdiendo la cabeza, para no contemplarla más me volví hacia la ventana, y divisé a un criado que conducía de la brida hacia la cuadra su gran caballo, que se encabritaba.

También ella seguía con los ojos al animal fogoso y retozón. Después, cuando hubo desaparecido, se adormeció de pronto.

Pensé en ello toda la noche; y me pareció calar en misterios que jamás había sospechado. ¿Quién sondeará jamás las perversiones de la sensualidad de las mujeres? ¿Quién comprenderá sus inverosímiles caprichos y el sometimiento extraño a las más extrañas fantasías?

Todas las mañanas, con la aurora, ella partía al galope por llanuras y bosques; y todas las veces regresaba lánguida, como después de frenesíes de amor.

¡Había comprendido! Ahora estaba celoso del caballo nervioso y galopante; celoso del viento que le acariciaba el rostro cuando ella se abandonaba a una loca carrera; celoso de las hojas que basaban, al pasar, sus orejas; de las gotas de sol que caían sobre su frente a través de las ramas; celoso de la silla que la llevaba y que ella oprimía con sus muslos.

Todo eso era lo que la hacía feliz, lo que la exaltaba, la saciaba, la agotaba, y después me la devolvía insensible y casi desfallecida.

Resolví vengarme. Me mostré dulce y lleno de atenciones con ella. Le tendía la mano cuando iba a saltar a tierra tras sus carreras desenfrenadas. El furioso animal coceaba hacia mí; ella le acariciaba el cuello curvado, besaba sus ollares temblorosos sin limpiarse luego los labios; y el perfume de su cuerpo, sudoroso como tras la tibieza del lecho, se mezclaba en mi nariz con el olor acre y bravío del animal.

Esperé mi día y mi hora. Ella pasaba todas las mañanas por el mismo sendero, en un bosquecillo de abedules que se internaba en la selva.

Salí antes del alba, con una cuerda en la mano y mis pistolas ocultas sobre el pecho, como si fuera a batirme en duelo.

Corrí hacia el camino que le gustaba; tensé la cuerda entre dos árboles,; y después me oculté entre las hierbas.

Pegué la oreja al suelo; oí su galope lejano; después la distinguí allá al fondo , bajo las hojas, como al final de una bóveda, llegando a todo correr. ¡Oh!, no me había equivocado, ¡era eso! Parecía arrebatada de alegría, la sangre le subía a las mejillas, había locura en su mirada; y el movimiento precipitado de la carrera hacía vibrar sus nervios con un gozo solitario y furioso.

El animal tropezó en mi trampa con las dos patas delanteras, y rodó con los huesos rotos. ¡A ella, la recibí en mis brazos! Tengo fuerzas como para cargar un buey.

Después, cuando la deposité en el suelo, me acerqué a Él, que nos miraba; y entonces, mientras intentaba morderme aún, acerqué una pistola a su oreja... y lo maté... como a un hombre.

Pero caí a mi vez, con la cara cruzada por dos latigazos; y cuando ella se abalanzaba de nuevo sobre mí, le disparé mi otra bala en el vientre. Díganme, ¿estoy loco?

Fou, "Gil Blas", 23 de agosto de 1882.

El poema de la semana

Carlos Ernesto García

(El Salvador, 1960)

LA REINA

Bajó de una burra
que ató al tronco de un árbol
que en su copa albergaba nidos de torogoces.
Atravesó la puerta mayor de la ermita.
Se arrodilló al tiempo que cerraba sus ojos.
El cabello pelirrojo le hacía juego con sus pecas.
Su vestido de colores vivos parecía nuevo.
En la misa hablaban de cosas
que tenían que ver con la comunidad.
Todos guardaban silencio.
Incluso el cantar de los pájaros
resultaba discreto.
Luego llegó el momento de la repartición del arroz.
Una bolsita de 25 libras para cada familia.
Los mayores al escuchar su nombre
se acercaban hasta el púlpito
firmaban con su huella digital
y eso bastaba porque había confianza.
Al lado se fue formando otra fila
pero en ninguna estaba la muchacha pelirroja
que al fondo se le veía callada y solitaria.
La segunda fila
esperaba paciente una de las cajas sobrantes de cartón
que harían servir para guardar la ropa.
A la pecosita –según comentaron las ancianas-
le daba vergüenza hacer cola.
Hacía una semana
que la habían elegido reina del cantón.
Por eso desfiló con su corona
a lomos de un caballo brioso
mientras todos le lanzaban
pétalos de flores silvestres.

Cuando una señora le acercó la caja vacía
la muchacha con una sonrisa tímida
dijo adiós desde el umbral de la puerta.

La vimos alejarse que parecía una virgen.
La vimos alejarse con su cajita made in Italia.
Montada sobre aquella burra escuálida.
Los campesinos tenían la mirada triste.
Era su reina.

CIUDAD DE HIERRO

Ahora sé que eres vulnerable.
Que pueden tocar tu corazón
y derrumbarte.

Sé que no sólo es abatible
el verde en la montaña
el árbol en la sierra.

Sino también tú
ciudad de hierro
donde apenas sí germinan
las hojas de la hierba.

Hong Kong, China, 2008.

Tomado del Libro *Poemas de la Diáspora*, editorial La Cabuda Cartonera

Segundo año de Bachillerato

Poesía cubana: Eliseo Diego (1920-1994)

Selección de Roberto Deras Erazo

EL PRIMER DISCURSO

En la Calzada más bien enorme de Jesús del Monte
donde la demasiada luz forma otras paredes con el polvo
cansa mi principal costumbre de recordar un nombre,

y ya voy figurándome que soy algún portón insomne
que fijamente mira el ruido suave de las sombras
alrededor de las columnas distraídas y grandes en su calma.

Cuánto abruma mi suerte, que barajan mis días estos dedos de piedra
en el rincón oculto que orea de prisa la nostalgia
como un soplo que nombra el espacio dichoso de la fiesta.

Al centro de la noche, centro también de la provincia,
he sentido los astros como espuma de oro deshacerse
si en el silencio delgado penetraba.

Redondas naves espaciosas lanudas de celestes algas
daban ganas de irse por la bahía en sosiego
más allá de las finas rompientes estrelladas.

Y en la ciudad las casas eran altas murallas para que las tinieblas quiebren,
¡oh el hervor callado de la luna que sitia las tapias blancas
y el ruido de las aguas que hacia el origen se apresuran!,
y daban miedo las tablas frágiles del sueño lamidas por la noche vasta.
Mas en los días el vuelo desgarrador de la paloma
embriagaba mis ojos con la gracia cruel de las distancias.
Cómo pesa mi nombre, qué maciza paciencia para jugar sus días
en esta isla pequeña rodeada por Dios en todas partes,
canto del mar y canto irrestañable de los astros.

Calzada, reino, sueño mío, de veras tú me comprendes
cuando la demasiada luz forma nuevas paredes con el polvo
y mi costumbre me abruma y en ti ciego me descanso.

Por la Calzada de Jesús del Monte transcurrió mi infancia, de la tiniebla húmeda que era el vientre de mi campo al gran cráneo ahumado de alucinaciones que es la ciudad. Por la Calzada de Jesús del Monte, por esta vena de piedras he ascendido, ciego de realidad entrañable, hasta que me cogió el torbellino endemoniado de ficciones y la ciudad imaginó los incesantes fantasmas que me esconden. Pero ahora retorna la circulación de la sangre y me vuelvo del cerebro a la entraña, que es donde sucede la muerte, puesto que lo que abruma en ella es lo que pesa. Y a medida que me vuelvo más real el soplo del pánico me purifica.
Y sin embargo, aun tiene tiempo la Calzada de Jesús del Monte para enseñarme el reverso claro de la muerte, la extraña conciliación de los días de la semana con la eternidad.
En el orbe tumultuoso si bien estático de sus velorios, metido en el oro de su pompa, allí se abren por primera vez mis ojos; de allí me vuelvo al origen.

VOY A NOMBRAR LAS COSAS

Voy a nombrar las cosas, los sonoros
altos que ven el festejar del viento,
los portales profundos, las mamparas
cerradas a la sombra y al silencio.

Y el interior sagrado, la penumbra
que surcan los oficios polvorientos,
la madera del hombre, la nocturna
madera de mi cuerpo cuando duermo.

Y la pobreza del lugar, y el polvo
en que testaron las huellas de mi padre,
sitios de piedra decidida y limpia,
despojados de sombra, siempre iguales.

Sin olvidar la compasión del fuego
en la intemperie del solar distante
ni el sacramento gozoso de la lluvia
en el humilde cáliz de mi parque.

Cabaret de París. Obra de Henri de Tolouse Lautrec

Ni tu estupendo muro, mediodía,
terso y añil e interminable.

Con la mirada inmóvil del verano
mi cariño sabrá de las veredas
por donde huyen los ávidos domingos
y regresan, ya lunes, cabizbajos.

Y nombraré las cosas, tan despacio
que cuando pierda el Paraíso de mi calle
y mis olvidos me la vuelvan sueño,
pueda llamarlas de pronto con el alba.

NOSTALGIA DE POR LA TARDE

El que tenía costumbre de poner las manos
sobre la mesa blanca junto al pan y el agua,
traje rugoso de fervor y alpaca,
y aquella su esperanza filial en los domingos,

ya no conmueve nunca el suave pensamiento de la fronda
con el doblado consejo de su paso.
Y el taciturno banco entre los álamos dormido
y aquel campito hirsuto a quien las lluvias respetaban.

Qué tedio los sepulta como la muerte a los ojos
que no los cruza nunca la bendición de unas palomas,
que tengo que soñarlos, mi amiga, tan despacio
como quien sueña un grave color que nunca viera,
como quien sueña un sueño y eso es todo.

Porque quién vio jamás
pasar al viejecillo
de cándido sombrero bajo el puente
ni al orador sagrado en la colina.

Yo vi al lagarto de liviana sombra
distraerse de pronto entre su sangre,
quedar inmóvil, sí, tumbado,
pesando e incapaz de confundirse ya nunca con la tierra.

(El que tenía costumbre de cruzar las manos
sobre la mesa blanca para mejor mirarnos,
su mueca de morir cuándo la he visto,
su mueca parda.)

He visto al pez de indestructible púrpura,
en la mañana arde como criatura perpetua de la llama,
olvida los trabajos mugrientos de su sangre,
yace perfecto y la madera sagrada lo levanta.

Pero quién vio jamás
el ruedo misterioso de tu falda
mientras cortas las rosas en la tarde
ni el roce y la tristeza de la lluvia
como un ajeno llanto por mi cara.

Porque quién vio jamás las cosas que yo amo.

EL RETRATO

Tu seca barba en la mano
me convence de una vez.
Si en la penumbra te ves
un poco en sueños, lejano,
si el amarillo malsano
del tiempo mágico empaña
la realidad que te baña
en su luz parda, qué importa.
Entre tus dedos la corta
barba de nieve acompaña.

EL OSCURO ESPLENDOR

Juega el niño con unas pocas piedras inocentes
en el cantero gastado y roto
como paño de vieja.

Yo pregunto:
qué irremediable catástrofe separa
sus manos de mi frente de arena,
su boca de mis ojos impasibles.

Y suplico
al menudo señor que sabe conmover
la tranquila tristeza de las flores, la sagrada
costumbre de los árboles dormidos.

Sin quererlo
el niño distraídamente solitario empuja
la domada furia de las cosas, olvidando
el oscuro esplendor que me ciega y él desdeña.

TESTAMENTO

Habiendo llegado al tiempo en que
la penumbra ya no me consuela más
y me apocan los presagios pequeños;

habiendo llegado a este tiempo;

y como las heces del café
abren de pronto ahora para mí
sus redondas bocas amargas;

habiendo llegado a este tiempo;

y perdida ya toda esperanza de
algún merecido ascenso, de
ver el manar sereno de la sombra;

y no poseyendo más que este tiempo;
no poseyendo más, en fin,
que mi memoria de las noches y
su vibrante delicadeza enorme;
no poseyendo más
entre cielo y tierra que
mi memoria, que este tiempo;

decido hacer mi testamento.

Es
éste: les dejo

el tiempo, todo el tiempo.

EL ALMA Y EL TIEMPO

Hay días en que el tiempo acude manso
y al lado de la luz duerme tranquilo.
Entonces yo jamás lo despabilo
y escúrrome y acecho su descanso.

Su apacible dormir es un remanso
de donde apenas fluye sólo un hilo.
Póngome entonces a mirar el filo
de cada cosa en él; nunca me canso.

Sueña a veces. No sé qué dice a solas
y sonríe de sí como a hurtadillas
de sí mismo en la sima de su aliento.

Entonces yo me voy donde las olas
susurran y escudriño en sus hablillas
por qué oscura razón está contento.

EL MAR

El mar es un anciano lleno de agravios: la terquedad de la tierra, la agudeza inoportuna de la lluvia cuando colmara su pecho el grande aliento de la soledad.

El mar no puede moverse. Es un enorme anciano que no puede moverse, y que se angustia y clama entre la noche. A la mañana sonríe entre sus barbas.

El mar es un anciano lleno de agravios, que arguye con poderosa voz, a solas, todo lo largo de la noche.

PEQUEÑA HISTORIA DE CUBA

I

Cuando en los pueblos la tarde cae de polvo a púrpura,
en Bejucal o en Santa María del Rosario,
Calabazar, rincón de soledades,
Artemisa del alma o misterioso Guáimaro,
la gente se va a los parques. Desde la tierra
los ojos lentos suben a la locura del murciélago
yendo y ahondando las vacuidades solitarias,
y pónese uno a hablar de los taínos, y de David y Boticelli.

La verdad saliendo del pozo.
Cuadro de Edouard Debat- Ponsan,, pintura del neoclasicismo francés.

Los españoles no hicieron aquí cosas muy grandes,
pero tampoco, es cierto, las hicieron los indios, esos pobres,
que en vez de templos o pirámides nos legaron cazuelas,
en vez de altares para la sangre, recipientes
para el casabe. No sabían mucho, eran más bien felices
y no escribieron nunca. En Cuba no había oro.
Pánfilo de Narváez batió en vano sus mandíbulas
y desquitóse luego matando hasta por gusto, a tajos.
De prisa y corriendo se hicieron dos o tres ciudades, a lo sumo,
porque no había oro: qué vergüenza. Quizás una pepita o dos,
a lo más cuatro,
y así quién hace catedrales. (El Hijo del Carpintero
tampoco habría podido costearlas.) Y piénsese que todo el tiempo
el Almirante mismo, Colón, Cristóbal,
el genovés de los ojos obstinados,
había dicho que ésta era la tierra más linda que soñaron ojos humanos
con todo lo demás que dice sobre los pajaritos piando esplendores.
Pero no les bastaba. En la ridícula Isla no había oro,
y así quién pinta, quién guerrea, quién construye, quién hace nada.
De rabia desgajaron los bosques, deglutieron la tierra, se tragaron las aguas.
La belleza de la Isla que se la lleve el diablo.

II

Entre un murciélago y el otro cabe la invención de la caña,
en Bejucal, en Santa María del Rosario,
entre la tierra y la locura de los aires
cabe el negrero, el bocabajo, el látigo: por fin tuvieron oro.
Tumbaron todos los bosques, chapotearon en sus feos trajines, locos de gusto,
esparcieron horror a manos llenas, agarraron su oro.
El espectro de Pánfilo de Narváez iba en la lluvia riendo gordo,
Calabazar lo vio y también Artemisa y el remoto Guáimaro.
Pero los negros no tenían ni grandes templos ni tampoco pirámides
ni hermosos ritos crueles por los que suba el humo de la sangre
a borbotones de miles y de miles de sacrificios humanos.
(Tampoco los taínos enviaron a los cielos otro humo ritual que el del tabaco.)
No trajeron, los negros, en la estrechez de los barcos negreros,
más que su música y sus bailes y esa voz que resuena como
en el mismo corazón del hombre.
Por fin había oro, pero los españoles no hicieron catedrales a Dios gracias,
ni en Artemisa ni en Bejucal ni en la mismísima Santa María del Rosario: no había tiempo.
(Nazaret fue un pueblo así de raso: no se menciona su sinagoga para nada.)
El oro era tanto, que no había tiempo más que para pegar, arrancar y llevárselo.
Con lo que nos cansamos por fin los blancos y los negros (indios ya no había)
y nos quemamos los ingenios (¡cómo chillaban!) y nos
quemamos los plantíos (¡cómo lloraban!)
y los botamos a patadas. Sólo que con la ira
la mano se nos fue en el fuego desde Calabazar a Guáimaro,
y los pueblos siguieron tan feos como antes. Sí, la usura
desgarró de fealdad la tierra más hermosa; luego vino la cólera;
luego empezamos otra vez, dale que dale con el oro,
ya es verano en El Encanto, haga su agosto en La Ópera, sea vivo,
dale que dale con el oro, emporcándonos,
masticando en inglés, mandándonos al diablo, hasta que por fin nos cansamos.
Vivos, vivones, vivarachos de siempre, se acabó lo que se daba; ya no hay oro.
Porque no nos importa, porque es un sucio becerro y no nos da
la gana,
porque no especulamos, de espejo a turbio espejo,
ya infernalmente con la caña,
porque las mismas manos que la cortan la llevan a la boca:
ya no hay oro.
Desde los bancos de los parques el humo sube poquito a poco, empinándose,
confundiendo al murciélago: sobre la hoja del plátano
amanece el cocuyo, la trémula belleza del origen,
y ya podemos irnos, soñando, a casa. Mañana será la Isla
como la vio Cristóbal, el Almirante, el genovés de los duros ojos abiertos,
en amistad la tierra con el mar, tierra naciente
de transparencia en transparencia, iluminada.

Tomado de Obra Poética de Eliseo Diego, Editorial Letras Cubanas y Editorial Unión, 2001
http://www.lajiribilla.cu/2002/n44_marzo/1172_44.html#EL%20PRIMER%20DISCURSO

Libros cartoneros, toda una expectativa para la difusión literaria.

El cuento de la semana

¡Diles que no me maten!

Juan Rulfo

-¡Diles que no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Así diles. Diles que lo hagan por caridad.

-No puedo. Hay allí un sargento que no quiere oír hablar nada de ti.

-Haz que te oiga. Date tus mañas y dile que para sustos ya ha estado bueno. Dile que lo haga por caridad de Dios.

-No se trata de sustos. Parece que te van a matar de a de veras. Y yo ya no quiero volver allá.

-Anda otra vez. Solamente otra vez, a ver qué consigues.

-No. No tengo ganas de ir. Según eso, yo soy tu hijo. Y si voy mucho con ellos, acabarán por saber quién soy y les dará por afusilarme a mí también. Es mejor dejar las cosas de este tamaño.

-Anda, Justino. Diles que tengan tantita lástima de mí. Nomás eso diles.

Justino apretó los dientes y movió la cabeza diciendo:
-No.
Y siguió sacudiendo la cabeza durante mucho rato.

-Dile al sargento que te deje ver al coronel. Y cuéntale lo viejo que estoy. Lo poco que valgo. ¿Qué ganancia saca con matarme? Ninguna ganancia. Al fin y al cabo él debe de tener un alma. Dile que lo haga por la bendita salvación de su alma.

Justino se levantó de la pila de piedras en que estaba sentado y caminó hasta la puerta del corral. Luego se dio vuelta para decir:

-Voy, pues. Pero si de perdida me afusilan a mí también, ¿quién cuidará de mi mujer y de los hijos?

-La Providencia, Justino. Ella se encargará de ellos. Ocúpate de ir allá y ver qué cosas haces por mí. Eso es lo que urge.

Lo habían traído de madrugada. Y ahora era ya entrada la mañana y él seguía todavía allí, amarrado a un horcón, esperando. No se podía estar quieto. Había hecho el intento de dormir un rato para apaciguarse, pero el sueño se le había ido. También se le había ido el hambre. No tenía ganas de nada. Sólo de vivir. Ahora que sabía bien a bien que lo iban a matar, le habían entrado unas ganas tan grandes de vivir como sólo las puede sentir un recién resucitado. Quién le iba a decir que volvería aquel asunto tan viejo, tan rancio, tan enterrado como creía que estaba. Aquel asunto de cuando tuvo que matar a don Lupe. No nada más por nomás, como quisieron hacerle ver los de Alima, sino porque tuvo sus razones. Él se acordaba:

Don Lupe Terreros, el dueño de la Puerta de Piedra, por más señas su compadre. Al que él, Juvencio Nava, tuvo que matar por eso; por ser el dueño de la Puerta de Piedra y que, siendo también su compadre, le negó el pasto para sus animales.

Primero se aguantó por puro compromiso. Pero después, cuando la sequía, en que vio cómo se le morían uno tras otro sus animales hostigados por el hambre y que su compadre don Lupe seguía negándole la yerba de sus potreros, entonces fue cuando se puso a romper la cerca y a arrear la bola de animales flacos hasta las parameras para que se hartaran de comer. Y eso no le había gustado a don Lupe, que mandó tapar otra vez la cerca para que él, Juvencio Nava, le volviera a abrir otra vez el agujero. Así, de día se tapaba el agujero y de noche se volvía a abrir, mientras el ganado estaba allí, siempre

Dos desnudos en las lanas, obra de Frida Kahlo.

pegado a la cerca, siempre esperando; aquel ganado suyo que antes nomás se vivía oliendo el pasto sin poder probarlo.

Y él y don Lupe alegaban y volvían a alegar sin llegar a ponerse de acuerdo. Hasta que una vez don Lupe le dijo:

-Mira, Juvencio, otro animal más que metas al potrero y te lo mato.

Y él contestó:

-Mire, don Lupe, yo no tengo la culpa de que los animales busquen su acomodo. Ellos son inocentes. Ahí se lo haiga si me los mata.

«Y me mató un novillo ».

«Esto pasó hace treinta y cinco años, por marzo, porque ya en abril andaba yo en el monte, corriendo del exhorto. No me valieron ni las diez vacas que le di al juez, ni el embargo de mi casa para pagarle la salida de la cárcel. Todavía después, se pagaron con lo que quedaba nomás por no perseguirme, aunque de todos modos me perseguían. Por eso me vine a vivir junto con mi hijo a este otro terrenito que yo tenía y que se nombra Palo de Venado. Y mi hijo creció y se casó con la nuera Ignacia y tuvo ya ocho hijos. Así que la cosa ya va para viejo, y según eso debería estar olvidada. Pero, según eso, no lo está.

«Yo entonces calculé que con unos cien pesos quedaba arreglado todo. El difunto don Lupe era solo, solamente con su mujer y los dos muchachitos todavía de a gatas. Y la viuda pronto murió también dizque de pena. Y a los muchachitos se los llevaron lejos, donde unos parientes. Así que, por parte de ellos, no había que tener miedo.

«Pero los demás se atuvieron a que yo andaba exhortado y enjuiciado para asustarme y seguir robándome. Cada vez que llegaba alguien al pueblo me avisaban:

«-Por ahí andan unos fuereños, Juvencio.

«Y yo echaba pal monte, entreverándome entre los madroños y pasándome los días comiendo sólo verdolagas. A veces tenía que salir a la media noche, como si me fueran correteando los perros. Eso duró toda la vida. No fue un año ni dos. Fue toda la vida.»

Y ahora habían ido por él, cuando no esperaba ya a nadie, confiado en el olvido en que lo tenía la gente; creyendo que al menos sus últimos días los pasaría tranquilos. «Al menos esto -pensó- conseguiré con estar viejo. Me dejarán en paz».

Se había dado a esta esperanza por entero. Por eso era que le costaba trabajo imaginar morir así, de repente, a estas alturas de su vida, después de tanto pelear para librarse de la muerte; de haberse pasado su mejor tiempo tirando de un lado para otro arrastrado por los sobresaltos y cuando su cuerpo había acabado por ser un puro pellejo correoso curtido por los malos días en que tuvo que andar escondiéndose de todos.

Por si acaso, ¿no había dejado hasta que se le fuera su mujer? Aquel día en que amaneció con la nueva de que su mujer se le había ido, ni siquiera le pasó por la cabeza la intención de salir a buscarla. Dejó que se fuera sin indagar para nada ni con quién ni para dónde, con tal de no bajar al pueblo. Dejó que se le fuera como se le había ido todo lo demás, sin meter las manos. Ya lo único que le quedaba para cuidar era la vida, y ésta la conservaría a como diera lugar. No podía dejar que lo mataran. No podía. Mucho menos ahora.

Pero para eso lo habían traído de allá, de Palo de Venado. No necesitaron amarrarlo para que los siguiera. Él anduvo solo, únicamente maniatado por el miedo. Ellos se dieron cuenta de que no podía correr con aquel cuerpo viejo, con aquellas piernas flacas como sicuas secas, acalambradas por el miedo de morir. Porque a eso iba. A morir. Se lo dijeron.

Desde entonces lo supo. Comenzó a sentir esa comezón en el estómago que le llegaba de pronto siempre que veía de cerca la muerte y que le sacaba el ansia por los ojos, y que le hinchaba la boca con aquellos buches de agua agria que tenía que tragarse sin querer. Y esa cosa que le hacía los pies pesados mientras su cabeza se le ablandaba y el corazón le pegaba con todas sus fuerzas en las costillas. No, no podía acostumbrarse a la idea de que lo mataran.

Tenía que haber alguna esperanza. En algún lugar podría aún quedar alguna esperanza. Tal vez ellos se hubieran equivocado. Quizá buscaban a otro Juvencio Nava y no al Juvencio Nava que era él.

Caminó entre aquellos hombres en silencio, con los brazos caídos. La madrugada era oscura, sin estrellas. El viento soplaba despacio, se llevaba la tierra seca y traía más, llena de ese olor como de orines que tiene el polvo de los caminos.

Sus ojos, que se habían apeñuscado con los años, venían viendo la tierra, aquí, debajo de sus pies, a pesar de la oscuridad. Allí en la tierra estaba toda su vida. Sesenta años de vivir sobre de ella, de encerrarla entre sus manos, de haberla probado como se prueba el sabor de la carne. Se vino largo rato desmenuzándola con los ojos, saboreando cada pedazo como si fuera el último, sabiendo casi que sería el último.

Luego, como queriendo decir algo, miraba a los hombres que iban junto a él. Iba a decirles que lo soltaran, que lo dejaran que se fuera: *«Yo no le he hecho daño a nadie, muchachos»*, iba a decirles, pero se quedaba callado. *«Más adelantito se los diré»*, pensaba. Y sólo los veía. Podía hasta imaginar que eran sus amigos; pero no quería hacerlo. No lo eran. No sabía quiénes eran. Los veía a su lado ladeándose y agachándose de vez en cuando para ver por dónde seguía el camino.

Los había visto por primera vez al pardear de la tarde, en esa hora desteñida en que todo parece chamuscado. Habían atravesado los surcos pisando la milpa tierna. Y él había bajado a eso: a decirles que allí estaba comenzando a crecer la milpa. Pero ellos no se detuvieron.

Los había visto con tiempo. Siempre tuvo la suerte de ver con tiempo todo. Pudo haberse escondido, caminar unas cuantas horas por el cerro mientras ellos se iban y después volver a bajar. Al fin y al cabo la milpa no se lograría de ningún modo. Ya era tiempo de que hubieran venido las aguas y las aguas no aparecían y la milpa comenzaba a marchitarse. No tardaría en estar seca del todo.

Así que ni valía la pena de haber bajado; haberse metido entre aquellos hombres como en un agujero, para ya no volver a salir.

Y ahora seguía junto a ellos, aguantándose las ganas de decirles que lo soltaran. No les veía la cara; sólo veía los bultos que se repegaban o se separaban de él. De manera que cuando se puso a hablar, no supo si lo habían oído. Dijo:

-Yo nunca le he hecho daño a nadie -eso dijo. Pero nada cambió. Ninguno de los bultos pareció darse cuenta. Las caras no se volvieron a verlo. Siguieron igual, como si hubieran venido dormidos.

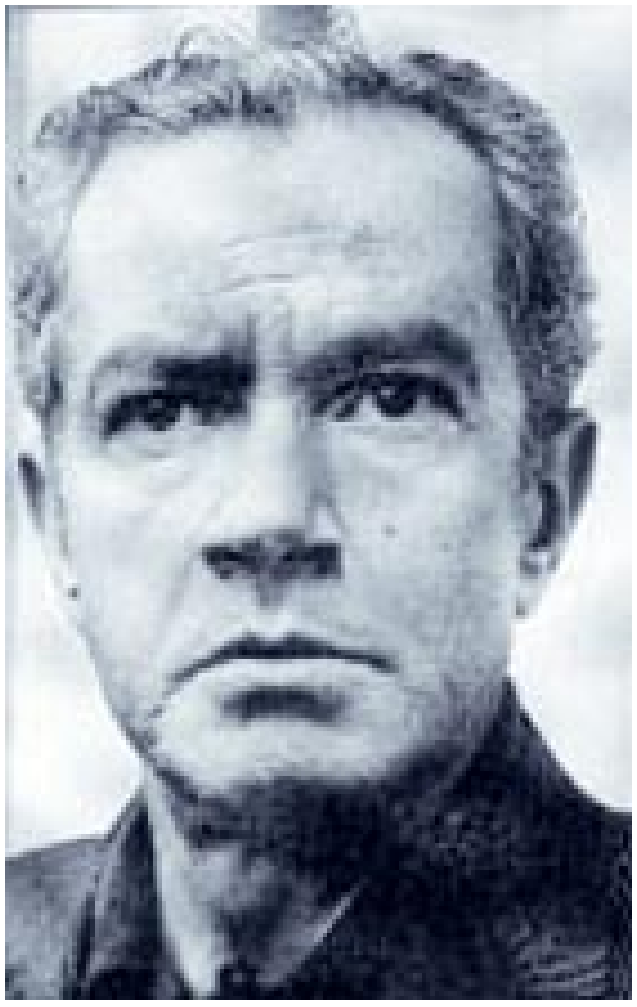
Entonces pensó que no tenía nada más que decir, que tendría que buscar la esperanza en algún otro lado. Dejó caer otra vez los brazos y entró en las primeras casas del pueblo en medio de aquellos cuatro hombres oscurecidos por el color negro de la noche.

-Mi coronel, aquí está el hombre.

Se habían detenido delante del boquete de la puerta. Él, con el sombrero en la mano, por respeto, esperando ver salir a alguien. Pero sólo salió la voz:

-¿Cuál hombre? -preguntaron.

-El de Palo de Venado, mi coronel. El que usted nos mandó a traer.



El escritor mejicano Juan Rulfo.

-Pregúntale que si ha vivido alguna vez en Alima -volvió a decir la voz de allá adentro.

-¡Ey, tú! ¿Que si has habitado en Alima? -repitió la pregunta el sargento que estaba frente a él.

-Sí. Dile al coronel que de allá mismo soy. Y que allí he vivido hasta hace poco.

-Pregúntale que si conoció a Guadalupe Terreros.

-Que dizque si conociste a Guadalupe Terreros.

-¿A don Lupe? Sí. Dile que sí lo conocí. Ya murió.
Entonces la voz de allá adentro cambió de tono:

-Ya sé que murió -dijo-. Y siguió hablando como si platicara con alguien allá, al otro lado de la pared de carrizos:

-Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta. Con nosotros, eso pasó.

«Luego supe que lo habían matado a machetazos, clavándole después una pica de buey en el estómago. Me contaron que duró más de dos días perdido y que, cuando lo encontraron tirado en un arroyo, todavía estaba agonizando y pidiendo el encargo de que le cuidaran a su familia.

«Esto, con el tiempo, parece olvidarse. Uno trata de olvidarlo. Lo que no se olvida es llegar a saber que el que hizo aquello está aún vivo, alimentando su alma podrida con la ilusión de la vida eterna. No podría perdonar a ése, aunque no lo conozco; pero el hecho de que se haya puesto en el lugar donde yo sé que está, me da ánimos para acabar con él. No puedo perdonarle que siga viviendo. No debía haber nacido nunca».

Desde acá, desde fuera, se oyó bien claro cuando dijo. Después ordenó:

-¡Llévenselo y amárrenlo un rato, para que padezca, y luego fusílenlo!

-¡Mírame, coronel! -pidió él-. Ya no valgo nada. No tardaré en morirme solito, derrengado de viejo. ¡No me mates...!

-¡Llévenselo! -volvió a decir la voz de adentro.

-...Ya he pagado, coronel. He pagado muchas veces. Todo me lo quitaron. Me castigaron de muchos modos. Me he pasado cosa de cuarenta años escondido como un apestado, siempre con el pálpito de que en cualquier rato me matarían. No merezco morir así, coronel. Déjame que, al menos, el Señor me perdone. ¡No me mates! ¡Diles que no me maten!

Estaba allí, como si lo hubieran golpeado, sacudiendo su sombrero contra la tierra. Gritando.

En seguida la voz de allá adentro dijo:

-Amárrenlo y denle algo de beber hasta que se emborrache para que no le duelan los tiros.

Ahora, por fin, se había apaciguado. Estaba allí arrinconado al pie del horcón. Había venido su hijo Justino y su hijo Justino se había ido y había vuelto y ahora otra vez venía.

Lo echó encima del burro. Lo apretaló bien apretado al aparejo para que no se fuera a caer por el camino. Le metió su cabeza dentro de un costal para que no diera mala impresión. Y luego le hizo pelos al burro y se fueron, arrebiatados, de prisa, para llegar a Palo de Venado todavía con tiempo para arreglar el velorio del difunto.

-Tu nuera y los nietos te extrañarán -iba diciéndole-. Te mirarán a la cara y creerán que no eres tú. Se les afigurará que te ha comido el coyote cuando te vean con esa cara tan llena de boquetes por tanto tiro de gracia como te dieron.

Incluido en ***El Llano en llamas***, 1953. Originalmente publicado en la revista *América*, agosto de 1951

Nuestra Historia

Apolinario Serrano en su 30 aniversario

Paulino Espinoza

El 29 de septiembre de 1979, el dirigente campesino Apolinario Serrano, más conocido como *"Polín"*, fue asesinado junto a José López y a los esposos Patricia Puertas y Félix García. Apolinario era originario del cantón El Líbano. Cortador de caña, criador de cuches y delegado de la palabra. Apolinario surge como dirigente de la experiencia de la parroquia de Aguilares, la cual era conducida por el sacerdote jesuita y mártir Rutilio Grande. Apolinario era un compañero apasionado, brillante, sencillo y con un especial don para hablar.

Apolinario se convirtió en el más destacado de los dirigentes campesinos salvadoreños. Él hablaba a los cristianos y cristianas sobre el compromiso político de Cristo y de cómo los cristianos y cristianas debían seguir ese ejemplo.

Para ello, él relataba, a su manera las historias que encontraba en la Biblia y las relacionaba con la realidad del país. Recuerdo especialmente una Cátedra de Realidad Nacional en una de las aulas magnas de la UCA cuando, teniendo al padre Ignacio Ellacuría como moderador, un estudiante le preguntó en un tono irrespetuoso y provocador que quién lo había indoctrinado. Apolinario, con una serenidad verdaderamente pasmosa respondió sin aceptar caer en la trampa: dígame usted quien me indoctrino. De niño nunca tuve zapatos, siempre vestí con ropa remendada, mis padres no tenían para darnos de comer y apenas si conocí la escuela y hoy de grande mis hijos viven en las mismas o peores condiciones que yo viví. Dígame usted ¿Quién me indoctrinó?

El día de su muerte, el Bloque Popular Revolucionario publicó en un comunicado:

"San Salvador, 29 septiembre 1979 - Apolinario Serrano, legendario dirigente de la organización campesina FECCAS, más conocido como Polín, fue ultimado hoy a tiros, junto a otros tres dirigentes de la Federación de Trabajadores del Campo, en el kilómetro 27 de la Carretera Panamericana.

Miembros de un retén de la policía abrieron fuego contra el vehículo en el que viajaba, cuando el auto llegó frente al Cuartel de Caballería de Opico. Según fuentes de las organizaciones populares, se trató de una emboscada preparada cuidadosamente para liquidar con impunidad a tan conocidos dirigentes".

Hoy, treinta años más tarde, quiero rendir a Apolinario Serrano y a sus acompañantes un homenaje con esta canción en la voz de María Inés Ochoa para que su ejemplo y compromiso no mueran.

Corrido a Apolinario Serrano

Paulino Espinoza*

Fue Apolinario Serrano
un guerrillero valiente
que luchó por sus hermanos
para honra de tanta gente

Supo como campesino
sembrar y seguir los surcos
y que hay que tener paciencia
si se quieren ver los frutos

Apolinario no ha muerto
vive entre miles y miles,
en los hombres y mujeres
corazón de los humildes

Apolinario tu ejemplo
sigue en alto cual bandera
de quienes luchan y luchan
por liberar a esta tierra

Como hijo puro del pueblo
siempre escuchaba al Profeta
sabia palabra, tormenta
estremeciendo conciencias

Un 29 en septiembre
hoy marca nuestra memoria
para que nunca te olviden
para que viva tu historia

*Músico y promotor cultural.
Contacto: espinoza@buho.uca.edu.sv

Minicuentos para el espíritu

Diálogo sobre un diálogo

Jorge Luis Borges

A- Distraídos en razonar la inmortalidad, habíamos dejado que anocheciera sin encender la lámpara. No nos veíamos las caras. Con una indiferencia y una dulzura más convincentes que el fervor, la voz de Macedonio Fernández repetía que el alma es inmortal. Me aseguraba que la muerte del cuerpo es del todo insignificante y que morirse tiene que ser el hecho más nulo que puede sucederle a un hombre. Yo jugaba con la navaja de Macedonio; la abría y la cerraba. Un acordeón vecino despachaba infinitamente la Cumparsita, esa pamplina consternada que les gusta a muchas personas, porque les mintieron que es vieja... Yo le propuse a Macedonio que nos suicidáramos, para discutir sin estorbo.

Z (burlón)- Pero sospecho que al final no se resolvieron .

A (ya en plena mística)- Francamente no recuerdo si esa noche nos suicidamos.

Los dos reyes y los dos laberintos

Jorge Luis Borges

Cuentan los hombres dignos de fe (pero Alá sabe más) que en los primeros días hubo un rey de las islas de Babilonia que congregó a sus arquitectos y magos y les mando a construir un laberinto tan perplejo y sutil que los varones más prudentes no se aventuraban a entrar, y los que entraban se perdían. Esa obra era un escándalo, porque la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios y no de los hombres. Con el andar del tiempo vino a su corte un rey de los árabes, y el rey de Babilonia (para hacer burla de la simplicidad de su huésped) lo hizo penetrar en el laberinto, donde vagó afrentado y confundido hasta la declinación de la tarde. Entonces imploró socorro divino y dio con la puerta. Sus labios no profirieron queja ninguna, pero le dijo al rey de Babilonia que él en Arabia tenía otro laberinto y que, si Dios era servido, se lo daría a conocer algún día.

Luego regresó a Arabia, juntó sus capitanes y sus alcaides y estragó los reinos de Babilonia con tan venturosa fortuna que derribo sus castillos, rompió sus gentes e hizo cautivo al mismo rey. Lo amarró encima de un camello veloz y lo llevó al desierto. Cabalgaron tres días, y le dijo: «Oh, rey del tiempo y substancia y cifra del siglo!, en Babilonia me quisiste perder en un laberinto de bronce con muchas escaleras, puertas y muros; ahora el Poderoso ha tenido a bien que te muestre el mío, donde no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que veden el paso.» Luego le desató las ligaduras y lo abandonó en la mitad del desierto, donde murió de hambre y de sed. La gloria sea con aquel que no muere.

Odín

Jorge Luis Borges y Delia Ingenieros

Se refiere que a la corte de Olaf Tryggvason, que se había convertido a la nueva fe, llegó una noche un hombre viejo, envuelto en una capa oscura y con el ala del sombrero sobre los ojos. El rey le preguntó si sabía hacer algo, el forastero contestó que sabía tocar el arpa y contar cuentos. Tocó en el arpa aires antiguos, habló de Gudrun y de Gunnar y, finalmente, refirió el nacimiento de Odín. Dijo que tres parcas vinieron, que las dos primeras le prometieron grandes felicidades y que la tercera dijo, colérica:

-El niño no vivirá más que la vela que está ardiendo a su lado.

Entonces los padres apagaron la vela para que Odín no muriera. Olaf Tryggvason descreyó de la historia, el forastero repitió que era cierto, sacó la vela y la encendió. Mientras la miraban arder, el hombre dijo que era tarde y que tenía que irse. Cuando la vela se hubo consumido, lo buscaron. A unos pasos de la casa del rey, Odín había muerto.

EDITORIAL
La Cabuda Cartonera
El Salvador
http//lacabudacartonera.blogspot.com
lacabudacartonera@gmail.com

Presentación del Libro cartonero
«Palabras de Mujer»

Del poeta salvadoreño **Ricardo Castrorrivas**, miembro del Grupo Piedra y Siglo

Presenta el libro el connotado Julio Iraheta Santos
Participación musical de Nohelia Laínez

Lugar: Centro Cultural Nuestra América,29 av norte #1147 entre calle Gabriela Mistral y 21 Calle Poniente. Teléfono 21248047

Invitan: **Editorial La Cabuda Cartonera,**
Aula Abierta y
Centro Cultural Nuestra América

Martiana

Versos Sencillos-1891

XXXVII-AQUÍ ESTÁ EL PECHO MUJER...

Aquí está el pecho, mujer,
Que ya sé que lo herirás;
¡Más grande debiera ser,
Para que lo hirieses más!

Porque noto, alma torcida,
Que en mi pecho milagroso,
Mientras más honda la herida,
Es mi canto más hermoso.

XXXVIII-DEL TIRANO...

¿Del tirano? Del tirano
Di todo, ¡di más!; y clava
Con furia de mano esclava
Sobre su oprobio al tirano.

¿Del error? Pues del error
Di el antro, di las veredas
Oscuras: di cuanto puedas
Del tirano y del error.

¿De mujer? Pues puede ser
Que mueras de su mordida;
¡Pero no empañes tu vida
Diciendo mal de mujer!

XXXIX-CULTIVO UNA ROSA BLANCA...

Cultivo una rosa blanca,
En julio como en enero,
Para el amigo sincero,
Que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca,
El corazón conque vivo,
Cardo ni ortiga cultivo,
Cultivo una rosa blanca.

XL-PINTA MI AMIGO EL PINTOR...

Pinta mi amigo el pintor
Sus angelones dorados,
En nubes arrodillados,
Con soles alrededor.

Pínteme con sus pinceles
Los angelitos medrosos
Que me trajeron, piadosos,
Sus dos ramos de claveles.

XLI-CUANDO ME VINO EL HONOR...

Cuando me vino el honor
De la tierra generosa,
No pensé en Blanca ni en Rosa
Ni en lo grande del favor.

Pensé en el pobre artillero
Que está en la tumba, callado:
Pensé en mi padre, el soldado:
Pensé en mi padre, el obrero.

Cuando llegó la pomposa
Carta, en su noble cubierta,
Pensé en la tumba desierta,
No pensé en Blanca ni en Rosa.

José Martí, patriota cubano
(1853-1895)